

# Historias de organizaciones

## Mucho más que dar de comer en la Villa 31



Llegamos al centro comunitario de la Fundación El Pobre de Asís ya terminada la entrega de meriendas. María, una de las mamás voluntarias que colabora en la cocina, está preparando la cena que distribuirán en unos minutos. Dos ollas enormes, llenas hasta el borde, muestran el tuco y los fideos que alimentarán a cientos de personas esta noche.

Afuera, por la calle recientemente adoquinada, los chicos van llegando todavía de las escuelas, con sus guardapolvos blancos la mayoría, algunos pocos con uniforme, y hombres y mujeres circulan a pie o en bicicleta, volviendo a casa después de un día de trabajo. En la vereda de enfrente, una mujer joven atiende un local de venta de chipá, y en el mercadito contiguo se ofrecen productos frescos y de almacén. En la esquina, varios chiquitos con sus mamás se entretienen en una placita con sólidos juegos de madera recién estrenados.

Estamos en la Villa 31, y nos ha recibido Rubén, responsable de este comedor que hace ya diez años ayuda con alimentos a la población del lugar. Rubén nos explica que estamos en una de las mejores zonas de la villa, que es como una ciudad en miniatura: hay zonas más acomodadas y otras “más difíciles”. Con mucho énfasis nos aclara que, contra lo que suele pensar la gente que no conoce el lugar, en la villa es mayoría la gente honesta y que trabaja, generalmente en oficios.

El Pobre de Asís está inaugurando su nueva sede en este entorno que a simple vista sorprende por su movimiento y por la normalidad de las actividades, aparentemente tan similares a las de cualquier otro barrio de Buenos Aires.

Pero entramos al pequeño local y Rubén nos descubre otros datos que hacen la diferencia: muchas de las precarias casitas tienen piso de tierra y carecen de agua caliente. Una buena proporción de los habitantes de la villa alquila cuartos a un costo muy alto para lo que ofrecen, que es un solo ambiente con un baño compartido por varias familias. Los recursos económicos de las familias son escasos, por eso contar con ayuda de alimentos les permite usarlos para otros fines: educación, ropa, remedios. Además, está el flagelo de las drogas: en esa misma placita de la esquina Rubén suele encontrar grupos de jóvenes consumiendo marihuana. Es gracias a la confianza que él se ha sabido ganar y el buen trato que tiene con la gente del lugar que logra disuadirlos para que fumen en otro lugar, evitando así dar mal ejemplo a los pequeños.

### Una pelea contra la adversidad

El comedor comenzó a funcionar en la sede de un club, a unas cuadras de su actual lugar, donde daban de comer en tres turnos, en mesas para



150 personas. Pero un incendio quemó las instalaciones hace cinco años, y debieron mudarse a una casa. Luego encontraron la casita donde están actualmente, que la Fundación El Pobre de Asís compró y remodeló para poder funcionar como Centro Comunitario. Pero el lugar es reducido y ya no pueden recibir a las personas para darles de comer allí, sino que entregan viandas.

“Mientras la nueva casa estaba en obra, Pancha, vecina que colaboraba en las tareas de cocina en ese momento, nos prestaba su casa para preparar las comidas. La gente es muy solidaria, es increíble cómo nos ayudaron durante ese tiempo”, nos cuenta Rubén.

En el Centro Comunitario colaboran, además de Rubén, cuatro o cinco voluntarias como ayudantes de cocina, y también cuenta con una nutricionista que elabora los menús. Por su parte Carina, la

Coordinadora de Servicio Social, hace acompañamiento a las mujeres que se acercan a buscar alimentos.

“No es nuestra idea dar de comer solamente”, aclara Rubén. “El alimento es recurso necesario y vincular para acercarnos a los vecinos con mayores necesidades, y así poder acompañarla en las distintas situaciones que les toca vivir, como embarazos adolescentes o problemas de vivienda”. “Nuestro trabajo va más allá del sueldo. Tenemos una responsabilidad como sociedad”, afirma este hombre que está a cargo del comedor desde hace ya seis años. Vive en Villa Adelina, desde donde todos los días, terminado otro trabajo que realiza por las mañanas, viaja en tren hasta Retiro para ocuparse de que todo funcione como debe ser y de estar disponible para la gente. “Las personas que se acercan no necesitan solo alimentos. Vuelven porque se sienten bien tratados, escuchados”.

### Los proyectos

Sueños no les faltan. Quieren construir dos pisos más hacia arriba, y para ello al remodelar la casa previeron la construcción de columnas que puedan sostener la futura estructura. El objetivo es brindar talleres de computación y apoyo escolar para los chicos, asistencia médica para las mamás y los chicos, tener una farmacia.

También necesitan un horno eléctrico para reemplazar el que usan actualmente, a gas, lo que les permitiría dejar de comprar costosas garrafas y destinar esos fondos a otras de las muchas necesidades que tiene el Comedor.

El Pobre de Asís es una fundación que trabaja desde el año 1998 por la inclusión de los sectores más vulnerables de nuestra sociedad, generando conciencia y desarrollando acciones que favorezcan la igualdad de oportunidades, tanto en la solución de las necesidades básicas inmediatas (alimentación, salud, vivienda, abrigo, afecto), como en la perspectiva social (capacitación e inserción laboral) y en el desarrollo de las capacidades intelectuales (educación). Además de la sede de Villa 31, tiene un hogar para hombres con discapacidad en Coghlan, un hogar para mujeres con discapacidad en Belgrano, y un centro de día para hombres en situación de calle en Coghlan. Todos reciben alimentos de la Fundación.

<http://www.bancodealimentos.org.ar/es/a-quienes-ayudamos/testimonios>